



## Homilía

# Dedicación de la Capilla de Santa Catalina de Alejandría

El Puerto de Santa María, 31 de julio de 2010

*Queridos hermanos:*

El año pasado pusimos la primera piedra y tras un año nos encontramos de nuevo consagrando este templo. Ni qué decir tiene que es una gran alegría para un Obispo venir a consagrar una nueva Iglesia, ya que ello supone una comunidad viva. De hecho, sin vuestro esfuerzo y generosidad no habría sido posible construir este templo y menos en tan poco tiempo. Así que lo primero que quiero expresar es mi gratitud:

Felicito, por tanto, al Sr. Párroco por este acontecimiento que hoy nos congrega; saludo y agradezco a las Autoridades presentes la colaboración prestada; y a todos vosotros que habéis trabajado de alguna forma para realizar esta obra maravillosa pido al Señor que os dé el ciento por uno en gracias y bendiciones.

Ahora hermanos, ante la riqueza de la liturgia que hoy celebramos quisiera aprovechar mis palabras para dar algunas pinceladas sobre la misma que nos ayuden a todos a poder vivir el **“ser piedras vivas del templo de Dios”**, que es la Iglesia, según nos recuerda S. Pedro en su Carta.

Lo primero a tener en cuenta es que el rito de la **“dedicación de una iglesia”** y de un altar es una de las más solemnes acciones litúrgicas, pues evoca todo nuestro ser eclesial. El **templo** es el lugar donde la comunidad cristiana se reúne para escuchar la **Palabra de Dios**, elevar preces de intercesión y de alabanza a Dios y, principalmente, para **celebrar** los sagrados Misterios.

En el templo, concretamente en el **sagrario**, se guarda la reserva del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Una lámpara siempre encendida es signo para nosotros de la Presencia real y verdadera de Cristo, que dijo: **«yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.»**

Pero sobre todo, en el templo todo gira alrededor del **altar**, sobre el cual el sacerdote consagra las especies del pan y el vino y donde el pueblo santo –después de la escucha de la Palabra- participa del Sacrificio del Señor y se alimenta con el banquete celeste. El altar es signo de Cristo: Sacerdote, Hostia y Altar de su mismo sacrificio.

Hemos comenzado con la aspersion del agua bendita en clara analogía con los sacramentos de la iniciación cristiana. En virtud del **bautismo**, el creyente se hace cristiano y templo de Dios por la unción del Espíritu Santo. Este ser templo de Dios nos debe llevar, en primer lugar, a bendecirlo por este don recibido. El Señor, a pesar de nuestras debilidades y de conocer lo profundo de nuestro ser, cuenta con nosotros para hacerse presente en el mundo.

¡Qué amor más sublime y qué importantes somos cada uno de nosotros para Dios! Saber que somos instrumentos suyos debe configurar todo nuestro ser y nuestro actuar en el mundo. Esta elección del Señor nos permite, pues, **“trabajar para Dios”** y al mismo tiempo, **“descansar en Dios”**, pues Él cuenta con nuestras propias limitaciones. La fuerza de su llamada es una gracia para seguir anunciando a Cristo en un mundo secularizado, que quiere volver a adorar a los dioses paganos, imponer una moral hedonista y someter el mundo y al hombre al materialismo más despiadado.

Frente a esa visión de la cultura de hoy, nosotros, como los primeros cristianos, tenemos la misión de traer la luz de Cristo que ilumine el camino de la humanidad con la luz de la familia, de la amistad, de la búsqueda de la verdad y de la preocupación por los más pobres e indefensos. En definitiva, con la luz que abra auténticos caminos de humanidad y de bondad.

A continuación realizaremos los ritos de la **unción, incensación, revestimiento e iluminación** del altar que expresan con signos visibles algo de la misma acción invisible que Dios realiza por medio de la Iglesia cuando ésta celebra los sagrados Misterios, en especial la Eucaristía.

En virtud de la **“unción con el crisma”**, el altar se convierte en símbolo de Cristo, que es llamado y es, por excelencia, el **“Ungido”**, puesto que el Padre lo ungió con el Espíritu Santo y lo constituyó Sumo Sacerdote para que, en el altar de su cuerpo, ofreciera el sacrificio de su vida por la salvación de todos.

La unción de las paredes de la iglesia resalta que está dedicada toda entera y para siempre al culto cristiano. Se hacen doce unciones, según la tradición litúrgica, o cuatro, según las circunstancias, para significar que la Iglesia es imagen de la Ciudad Santa, la Jerusalén celeste, esperanza de **“un cielo nuevo y una tierra nueva donde no exista ni el llanto ni el luto ni el dolor”**. (Cf. Ap 21)

Se incienso el altar para significar que el sacrificio de Cristo, que se perpetúa allí sacramentalmente, **“suba hasta Dios como suave aroma”**; y también para expresar que las oraciones de los fieles lleguen agradables y propiciatorias, acompañadas del aroma de las buenas obras, hasta el trono de Dios.

En este sentido también se incienso la nave de la iglesia que indica, que el templo debe ser, como dijo Cristo, **“casa de oración”**. Y sobre todo, se incienso también al **“pueblo de Dios”**, verdadero templo vivo en el que cada uno de nosotros debemos ser –como nos dice la Carta de San Pedro- una piedra viva y un altar espiritual. Por lo tanto, hermanos, tomemos en serio nuestra misión de ser hombres y mujeres de oración, que intercedan como Cristo por todos los demás.

El revestimiento del altar indica que el altar cristiano es **“ara del sacrificio”** eucarístico y al mismo tiempo la **“mesa del Banquete”** del Señor a la cual todos los fieles se acercan alegres para nutrirse con el alimento celestial, que es el Cuerpo y la Sangre de Cristo, Cordero inmolado.

La iluminación del altar, seguida de la iluminación de todo el templo nos advierte que Cristo es la **“luz para alumbrar a las naciones”**, con cuya claridad brilla la Iglesia y por ella toda la familia humana. No nos van a traer un mundo más humano los dioses paganos, sino que también hoy, incluso cuando es calumniada y manipulada, la Iglesia, Cuerpo de Cristo, sigue siendo necesaria para que los más pobres puedan encontrar la luz que nos guía hacia Dios y al mismo tiempo un lugar para reclinar la cabeza, como bien nos muestran las vocaciones de especial consagración, como son las **Hermanas misioneras** de la Beata Teresa de Calcuta, las **Hijas de la caridad**, las **Hermanas de la Cruz...** y tantos hombres y mujeres dedicados al cuidado y protección de los más débiles.

Por último, celebraremos la **Eucaristía** que es el rito máximo y único para dedicar una Iglesia. La Eucaristía, que santifica los corazones de quienes la reciben, consagra en cierta manera el altar y el lugar de la celebración, como lo afirman repetidas veces los antiguos Padres de la Iglesia:

«Este altar es admirable porque, siendo piedra por su naturaleza, ha llegado a ser cosa santa después que recibió el Cuerpo de Cristo.»

Cristo nos vino a través de María. La imagen de María en el templo es el signo de la Iglesia, comunidad de los Santos congregados en torno a Cristo como nosotros alrededor del altar. Entre los santos, en este templo se venera de forma especial a Santa Catalina. Contamos también con su intercesión.

María es Madre de la Iglesia, y Madre de cada uno de nosotros. También Ella fue un verdadero templo de Dios. Un sagrario vivo que llevó dentro a Jesús. Nos encomendamos a Ella para poder llevar en el corazón el mismo Niño que Ella lleva en sus brazos y llegar, por la participación en la vida cristiana, a **«alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.»** Así sea.

+ José Mazuelos Pérez  
Obispo de Asidonia-Jerez